

Los efectos pueden variar

José Pérez

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas

1. Vine a la licenciatura en Letras Hispánicas porque de niño quería ser escritor y mi promedio general no me daba para entrar a Psicología. Fue la primera vez que cometí lo que yo llamo un error afortunado. Así, ojalá esta introducción, además de ser una confesión –que para quienes me conocen resultará evidente, e innecesaria para quienes no– se salve de ser un mero punto de partida, pues debo confesar que he aprendido a saltarme el término íncipit para bautizar un comienzo (aunque sea satírico) –en el caso de ser yo el que narra y no el que analiza–, quizá porque creo en los errores afortunados, quizá porque a estas alturas ya no soy capaz de creer en nada más.

Escribí mi primer cuento en segundo de primaria, fue una tarea que, además de emocionar fugazmente a mi familia, me permitió responder a la siempre extraña pregunta de “¿qué quieres ser de grande?” con una aún más extraña respuesta: “escritor”, mentiría si dijera que pasé toda mi vida pensando en el asunto. Para la prepa, yo estaba absolutamente sumergido en el mundo platane-ro, subtropical y asexuado en el que los vampiritos de Anne Rice suelen bucear con cara de que los esculpió Miguel Ángel; los pulposos y reprimidos dioses arcanos de Lovecraft; y por supuesto, toda la imaginería diabólica y doméstica que Stephen King fue capaz de extraer de su cotidianidad de gringo popero. Mi primer cuento descansaba ya en el interior de la panza hirsuta de una saludable rata con al menos una década de muerta, y en algún momento tuve que decidir a qué inscribirme.

Para lo único que había sido bueno durante toda mi vida era para inventarme tonterías para pasar el tiempo y, por supuesto, chacotear con quien se me parara en frente. Consideré muy seriamente (bueno, tan seriamente como pude) intentar Psicología, pero luego lo recordé: yo de mocosito quería ser escritor y había seguido escribiendo bodrios durante toda mi vida (una novela llamada *Das Blut Stadt*, y varias ideas y cuentos incompletos). Ajá, sí: ¿qué tal Letras? Mi papá me asaltó con la pregunta a la que cualquier egresado se acostumbra: “¿de qué te vas a mantener?”. En cuanto a mi mamá, recordó que de niño yo quería ser escritor: “te ha gustado leer y escribir pendejadas toda tu vida, si eso es lo que quieres, vas”.

2. A un año de ser aceptado ya tenía muy claro que esta carrera no era para escritores. Fueron, seguramente, mis habilidades deductivas las que me permitieron llegar a dicha conjetura, y puede que influyera la voz del maestro Ávila Storer diciéndonos el primer día de clases: “en esta carrera no formamos escritores, si eso es lo que quieren, búsqúenle por otro lado porque aquí lo que formamos son especialistas en la lengua y la literatura”. Gulp.

¿Recuerdas aquel asunto de los errores afortunados? Ah, pues digamos que en esta temporada cometí suficientes: reprobé el número necesario de materias para acabar fuera de la generación con la que comencé, dejé de escribir no solamente trabajos para la carrera sino en general y además a mi ahora esposa y a mí se nos ocurrió la brillante idea de probar suerte como padres. Abreviemos: fue una noche espantosamente larga, y sí, estuve a nada de jamás volver a un salón de universidad.

Una de mis preguntas favoritas surge de aquí: ¿por qué fue que decidí volver? La respuesta corta es sencilla: no tenía nada más; la larga involucra un par de charlas, la primera proveniente de un tipo llamado Marius, compañero de la generación con la que tuve que titularme. Estaba abrumado por la futura responsabilidad como padre, mi fracaso académico y mi completa ausencia de perspectiva laboral. “¿Qué voy a hacer, Marius?”, pregunté. El muy cretino se sentó derecho, se limpió las gafas y me cambió la vida: “La verdad es que no tengo ni puta idea, pero sí sé que aquí tirado en una jardinera no vas a hacer nada”.

La segunda charla involucra a Norma: “En nuestra familia no nos rendimos, vas a regresar y vas a titularte”. No, no tengo ni la menor idea de cómo fue que lo logré, y recordar eso todavía me hace sentir como uno de los cretinos más afortunados que hubiera tenido el honor de estrellarse de cara contra el proceso de formación que la carrera operó en mí.

3. Jorge, bebiendo café y fumando afuera del salón de clases, mirando la gente por el andador y los árboles bailando con ese viento que sólo nace después de julio. El sándwich como recortado de un anuncio de pan Bimbo que César siempre llevaba, el mundo vertido en sus trazos, corriendo por el interior de cada uno de sus cuadernos. Poemínimos sobre el estructuralismo escritos a cuatro manos en una laptop, un ensayo sobre una corriente modernista e inexplorada: el itzelismo (manifiesto incluido). Cuentos violentos escritos por una niña violenta. Un bibliotecario risueño que a veces usaba máscara de luchador. El siguiente concurso de calaveras, poesía, literatura, teatro, que Rodrigo seguramente ganó. El tono maternal y rebelde resultante de un coro de voces femeninas preguntando por el próximo trabajo a entregar, si el maestro llegaría, si tenías las copias, si sacaste el libro. El inexplicable horror que Dayanara le tenía a su enorme talento. Alejandra Bon silbando el pedazo de una rola de Depeche Mode; Adán desviando una clase completa por una duda terrible sobre las oraciones subordinadas circunstanciales de tiempo.

Transitaba de una realidad a otra: por las noches no era nada más que un recepcionista estresado adentro del cubículo de atención de urgencias en el hospital del ISSSTE: fracturas expuestas, un mundo dibujado con batas blancas y cofias y sondas y sueros y el llanto de niños con fiebre, un largo pasillo iluminado con luces de neón; un muerto, dos muertos, tres muertos; nombres, direcciones, teléfonos, RFC; derechohabientes enojados preguntándote si tienes ética, si tienes corazón, si tienes madre, si su hermano está bien, si su tía ya despertó, si el doctor ya revisó a su abuela. Dramatizo un poco. En realidad ningún trabajo es tan malo. Éste tenía sus ventajas: me daba un sueldo y una mañana libre, aunque tuviera que caminarla desvelado y a veces con el interior del cráneo batido.

Por las mañanas un litro de café sin azúcar y la mitad de un sándwich. Retomar la otra parte de mi vida: fotocopias, discusiones, argumentación, análisis, ensayos con aparato crítico, funciones de Prop, estructuralismo, estilística, teoría de la recepción, fonemas y lexemas, el contexto histórico de *Los de abajo* y la voz del maestro San José diciendo “dixo Patronio”. Habré olvidado muchos de los detalles de Español Superior II, pero jamás olvidaré qué significa “mesar la barba” ni el ¿recuerdas?/*remember*? que da vueltas y vueltas arriba del extraño carrusel que Salvador Elizondo levantó para sugerir que quizás sólo seamos el sueño de alguno de los presentes que está a punto de despertarse o quizás seamos los personajes de una fotografía en un recorte de periódico. ¿Y qué carajo era aquella cosa que alguien levantaba sobre la playa? ¿Hubiera sido defendible la idea de que *Pedro Páramo* era una historia de zombis?

4. Tuve la oportunidad de formar parte del consejo editorial de *Migala*, el proyecto editorial de la carrera con el que podías hacer tu servicio social, sucesora de un proyecto con mayores expectativas, y antepasada de la revista que en este momento te encuentras leyendo. Éramos cuatro tíos y una tía. Los textos no abundaban, las ilustraciones las hicieron entre mi esposa y Adriana Consuelo Márquez, una amiga que entonces estudiaba Diseño Gráfico. Cada uno de los volúmenes tenía un tema central, el cuerpo de la mayoría de los números se armó en Word 97 –en serio, no preguntes– y el resultado final era fotocopiado. Imprimíamos entre cincuenta y cien copias de cada número, lo distribuíamos nosotros mismos y al menos a mí me encantaba.

De aquel tiempo data el único acercamiento que tuve con Rodrigo Saláis Madariaga. Él se encargaba de la corrección de estilo de cada uno de los textos publicados y con ese pretexto pasamos varias tardes platicando en mi estudio. Hablábamos sobre la forma en que a uno se le juntan los borradores de textos no terminados, de si pensábamos dedicar nuestra vida a corregir textos o ser maestros de literatura y de la viabilidad del ridículo por medio de la hipnosis. Cuando corregía el número cuatro o cinco, olvidó unos enormes *goggles* de ciclista que siempre llevaba consigo (y que llamaba sus leperóculos) y ya nunca volvió por ellos.

Tengo copias de todos los números de la *Migala*, excepto del último: el número que está dedicado a él y a su obra, con dibujos de César Villalobos. Marius y yo cedimos las últimas copias de ese número a su mamá, en el evento conmemorativo que realizamos en su memoria.

5. Pasé el seminario de tesina el último día hábil de clases del último semestre. Estuve reprobado durante todo el curso, atrapado en el marco teórico. Dime marco teórico y mírame temblar. Simplemente no conseguía salir de ahí. Entregaba una nueva versión y recibía la amable sugerencia de volverlo a escribir. Ese día el resto de la clase no atendió. Como bien era costumbre, para ese momento la mayoría sabía ya si había pasado el curso o no, y los programas de clases se habían agotado. Sólo estaba yo, el maestro y Terrones.

Última oportunidad: comencé a leer y a menos de una cuartilla de lectura en voz alta escuché risas delante de mí. Me detuve un momento, tragué saliva, apreté los dientes, continué leyendo. Un par de minutos después, el maestro me interrumpió: ya está bien, me dijo; parece que ya terminó el marco teórico, sígale con lo demás. Nos restaban un par de semanas para entregar la versión final. Jamás me sentí más satisfecho de una calificación de ocho, no existe un documento en mi vida que tenga más horror de volver a hojear.

Una antología de cuentos publicada en el ICA, un título de licenciatura y algunos años después, siento como si comprendiera. Marius tenía razón aquella tarde, me iba a ser casi imposible dedicarme a la literatura con la urgencia que provocan las necesidades de una familia propia, y no, la carrera no forma escritores, la carrera forma, así, a secas. Me parece que la universidad hace o debe hacer únicamente eso en cualquiera de las licenciaturas que ofrece, pues no sólo abre delante de ti un panorama abrumador sobre todo lo que ignoras en el mundo, sino que te brinda la oportunidad de templarte y alcanzar un carácter muy distinto al que tenías cuando te paraste ahí por primera vez. Justo lo que necesitas para dedicarte a intentar cosas imposibles durante toda tu vida.

